

¿De qué patrimonio me hablan?

Después de haber leído las notas de los últimos tiempos donde aparecen tantos personajes preocupados por la defensa del patrimonio arquitectónico de la ciudad, me queda la sensación de estar en medio de otro de los tantos debates estériles a que estamos acostumbrados; esos que usan mecanismos tales como expandir el tema hasta que llegue a generalizarse, tomar opiniones de cualquier rama de la sociedad, especular soluciones mesiánicas y demagógicas y, finalmente, diluir el tema original, dejando que el tiempo actúe para no solucionarlo.

Hasta aquí, nada de nuevo.

Sí, en cambio, me mueve a escribir el tremendo vacío que dejamos los arquitectos sobre un punto que, entiendo, debe ser crucial: la calidad arquitectónica.

Pareciera que los discursos de estos días igualan todas las construcciones usando la antigüedad como único parámetro o, todavía peor, la anécdota complaciente. Se escuchan opiniones infantiles y carentes de solidez técnica como por ejemplo: viejo = bueno o alto = malo. La valoración arquitectónica (racional y crítica) sobre lo que se puede o no demoler y, sobre todo, de lo que se construye no parece ser agenda de nadie.

No quiero aludir a lugares comunes como que la ciudad es un organismo en permanente mutación que se debe renovar para continuar viva, etc. ya que son argumentos que conocemos de sobra. Pero sí me interesa ver si el resultado de esa mutación, si nos lleva hacia un monstruo o hacia una ciudad mejor (y de eso se trata el patrimonio, pasado o futuro) porque, nos guste o no, entiendo que la verdadera responsabilidad es nuestra, más allá de que tratemos de ocultarla en chivos expiatorios, acusar ordenanzas, especuladores, gobiernos o a la mano de obra. De todo esto, algunas reflexiones.

- La inmensa mayoría de las construcciones que vemos crecer día a día en Córdoba carecen por completo de dignidad arquitectónica, son respuestas decorativas, la mayor de las veces de pésima calidad, a una demanda especulativa infrenable. No me refiero sólo a los edificios en fase de terminación, una revisión de los carteles de obra, folletos o web de inmobiliarias nos llevan a recomponer un paisaje futuro nefasto, con un poco de Miami, un poco de Rotterdam, un poco de España y mucho de improvisación y superficialidad. Resulta difícil pensar que semejante paisaje futuro pueda aspirar a ser llamado alguna vez patrimonio -si por tal entendemos al conjunto de obras que se precien de ser respetadas por su valor-.

En esta Córdoba, presente y futura, las construcciones deberían, al menos, llamarse al recato, aludiendo a ese valor moral de la humildad tan olvidado desde los 90 y tan bien practicado en los 50 y 60. Deberían dejar de gritar su presencia con los argumentos de la banalidad. Una ciudad llena de obras maestras (reales) puede producir el hastío de quien se siente superado para absorberla, pero una ciudad repleta de obras mediocres y envolventes pretenciosas produce (y demuestra) sólo decadencia.

Loos decía que cada ciudad tiene los arquitectos que se merece, Lampugnani, parafraseando al maestro austriaco, decía que, a la larga, cada arquitecto tiene la ciudad que merece. Resulta lamentable caer en la cuenta que, como arquitectos, empezamos a merecer esta ciudad.

- El mecanismo que enfrentamos los arquitectos para poder llegar a la concreción de una obra no es el óptimo: el inversor elabora su plan a partir del consejo (conservador y decadente) del agente inmobiliario, las ordenanzas parecen hacer todo lo posible para que la arquitectura, la ciudad y el sentido común no sean consideradas, la infraestructura de la ciudad es siempre un problema para el próximo gobierno, las autoridades promueven el absurdo mantenimiento de fachadas, etc. En este marco me pregunto si es posible aspirar a tener una

arquitectura de valor, propositiva, que mejore la calidad de vida. De algo estoy seguro, con una postura complaciente, que relega cada vez más decisiones en manos de otros (porque no somos capaces o porque no queremos perder el negocio) a quienes somos funcionales, es muy probable que terminemos dando la razón a Lampugnani y, en ese caso: para qué seguir hablando de patrimonio si no somos capaces de construirlo.

- El acto de proyectar es una constante toma de decisiones donde es tan importante lo que dejamos de lado como aquello que escogemos. De la misma forma y con la misma rigurosidad debemos actuar sobre el demoler y el construir. Que en esa casita haya pernoctado Lugones no la convierte automáticamente en arquitectura de valor a la que debemos salir todos a abrazar para que no se demuela. En cambio podríamos hacerlo ante la vergonzosa construcción que se levanta al lado de la mejor obra de Togo Díaz en Córdoba, no sólo por mala (en ese caso no nos alcanzarían los brazos) sino porque desnaturaliza absolutamente un obra de arquitectura. Y sobre esto, debo decir, no escuché protesta alguna.

- Por último, arquitectos, además de la responsabilidad sobre lo que se construye, debemos asumir que tanto con el hacer como con el opinar cargamos (creo que todavía) con la confianza de la sociedad. De algún modo ese hacer y decir se transforma en mensaje aleccionador y formador de opinión. Entonces, no continuemos engañándonos y engañando a la sociedad con medias tintas como los proyectos de Patio Olmos, edificio inteligente o el Buen Pastor, sólo aportan confusión, pueden hacer creer a cualquier desprevenido que de ese modo se “salva” un patrimonio, cuando, en realidad, se les está quitando cualquier posibilidad de envejecer dignamente o acudir a la eutanasia que tan bien describiera Elías Torres: ***¡Mejor muertos!, como Marilyn, pero vivos por deseados e intactos en el recuerdo.***

Ricardo Sargiotti / Cba. 7.6.06